oswald j. smith

NO HAY OTRA SALIDA

alturas

ediciones
alturas

Marquesa de Caldas de Montbuy, 46
08032 - BARCELONA

Titulo anterior de este libro " El único Camino de Salvación"

Segunda edición publicada con permiso del autor y auspiciada por Evangelismo en Acción.

Cubierta: Miguel García
Literatura Evangélica A. C. N.º 120
Depósito Legal B. 29.662-1975

NO HAY OTRA SALIDA

CAMINOS ERRADOS

A MODO DE ILUSTRACIÓN

Un banquero y un hombre de negocios estaban sentados frente a frente en un despacho del Banco. Inclinado hacia delante, el hombre de negocios hablaba muy entusiasmado, cuando, de repente, le interrumpió el otro:

—Esto es ridículo, absurdo y necio y el orgulloso banquero esbozó una mueca de desprecio.

—Pero, ¿por qué?

—¿Por qué? Usted, un hombre que piensa, ¿me pregunta el porqué de tal disparate? —y se rió burlonamente.

—Sí, señor. Le pregunto: ¿Por qué?

—El banquero frunció el ceño y contestó con voz airada:

—¿Quiere usted hacerme creer que la muerte de Jesucristo en mi lugar, en la cruz del Calvario, ha de dar satisfacción a Dios? ¡Lejos tales teorías! Si he de ser salvo, debo hacer algo con mis propios esfuerzos y al decirlo pisó en el suelo con fuerza.

—¡Ah, bien! —contestó el otro—. Ya veo dónde está su equivocación. Usted piensa que tiene derecho a labrarse su propio camino de salvación y por eso desprecia el plan previsto por Dios.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el banquero, confundido.

—Escúcheme. Suponga que una persona viene y le dice: «¡Señor banquero, estoy muy apurado y necesito que usted me preste algún dinero!» Dígame ahora, ¿quién tiene derecho a fijar los términos y condiciones del préstamo, usted como banquero dueño del dinero o el hombre que se lo pide?

—Yo, indudablemente. Él tendría que aceptar mis condiciones antes de conseguir el dinero.

—Exacto. Esta es su posición. Usted es el pobre y desvalido pecador, perdido y en un apuro y Dios es el Gran Banquero. Usted va a Él en busca de misericordia y perdón. ¿Quiere decirme quién tiene derecho a fijar los términos y condiciones para que usted reciba la salvación, teniendo en cuenta que usted es el hombre necesitado y Dios es el Gran Dador?

—Bien. Nunca antes me di cuenta de esto —respondió el banquero, indicando la sorpresa en su tono de voz—. Desde luego, no estoy en situación de fijar las condiciones. ¡Dios tiene derecho; sólo Él!

—Y sin embargo, ha estado usted ideando un medio propio de salvación, olvidando que los necesitados no dictan normas, sino que las aceptan. Todo el tiempo ha estado Dios, el Gran Banquero, ofreciéndole la salvación de acuerdo con el plan que Él ha trazado. ¿Quiere usted dejar ya sus medios y aceptar los de Dios? ¿Está preparado para encontrarse con Dios en las condiciones que Él ha fijado?

COMPRENDIENDO MAL EL PLAN DE DIOS

Cuando pensamos en el plan de salvación de Dios, inmediatamente recordamos pasajes como éstos:

«Mirad a mí, y *sed salvos,* todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más» (Isaías 45:22).

«El Hijo del Hombre vino a buscar y a *salvar* lo que se había perdido» (Lucas 19:10).

«¿Qué debo hacer para ser salvo? Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo» (Hechos de los Apóstoles 16:30-31).

«Por gracia sois *salvos por medio de la fe*» (Efesios 2:8).

«Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores» (1.a Timoteo 1:15).

«Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás *salvo*» (Romanos 10:9).

Y, a pesar de ello, creo que no hay otra palabra en la Biblia peor interpretada que la palabra *salvo.* ¿Cómo se salvan las personas? ¿Qué es la salvación? Unos responden una cosa y otros otra, pero ¿qué dice el Señor? «Hay camino que al hombre le parece derecho, pero su fin es camino de muerte» (Proverbios 14:12). Debemos evitar este camino por todos los medios.

En los primeros días de la Iglesia, algunos enseñaron el camino del error. Decían: «Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos» (Hechos 15:1). Esta enseñanza tuvo que refutarla Pablo, y lo hizo probando de una manera concluyente que no era necesario ser circuncidado ni guardar la ley para salvarse.

De igual manera, hay hoy quienes tienen ideas erróneas sobre el camino de la salvación. Quiero hablar en primer lugar de esas falsas ideas.

I

MEDIOS VANOS

RELIGIÓN

Hay gente que piensa que su *religión* puede salvarles.

Un noble inglés hizo la siguiente pregunta a la señora Cherkoff, de Rusia:

—Señora, ¿cuál es la situación de su alma?

—Caballero —contestó la condesa, indignada—, este es un secreto entre el ministro de mi iglesia y Dios.

¿No era ella miembro de una iglesia? ¿No daba grandes cantidades de dinero para su sostenimiento? ¿No creía y practicaba todas sus doctrinas? ¿No era fiel en la asistencia a los servicios religiosos? Entonces, ¿por qué había de inquietarse? La situación de su alma no era asunto de su incumbencia, sino de la incumbencia de su iglesia.

Quizá tú, querido amigo, también estés confiando en tu iglesia. Pero tengo que decirte que la religión no puede salvarte. Solamente Cristo puede hacerlo.

Puedes pertenecer a tantas iglesias como quieras y, sin embargo, estar perdido. La membresía en una iglesia

no puede salvar. No hay salvación por pertenecer a una iglesia. La salvación está en Cristo.

«Llamarás su nombre JESÚS, porque Él salvará» (Mateo 1:21). «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos de los Apóstoles 4:12).

Si has de ser salvo, debes serlo por Jesucristo. No hay otro. Él es el único y solo Salvador.

Una religión no puede impartir vida, y tú debes recibir una nueva vida para ser salvo. «Es necesario nacer otra vez» (Juan 3:7).

Nicodemo era religioso, pero no salvo. Por eso le dijo Jesús: «Es necesario nacer otra vez» (Juan 3:7). El fariseo de Lucas 7:36-50 era religioso, pero no salvo. Cornelio era muy religioso, temeroso de Dios: daba limosnas, oraba, ayunaba, gozaba de buen testimonio en su nación, y, sin embargo, estaba perdido y necesitaba ser salvado (Hechos de los Apóstoles 10:22).

Pablo fue quizás el hombre más religioso de su tiempo. Su religión, le venía desde la infancia. Hablaba de sí mismo como celoso de Dios. Había sido circuncidado y había guardado cabalmente la ley. Sin embargo, era un pecador a los ojos de Dios; estaba perdido, aunque no lo supiera. También él, tenía que ser salvado. Era religioso, desde luego, pero sólo un pecador religioso. Él mismo se conceptuó como el primero de los pecadores. Escucha su testimonio:

«Si alguno parece que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de

la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprensible. Pero cuantas cosas eran para mí ganancias, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en Él, no teniendo mi justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe» (Filipenses 3:4-9).

Ahora bien, querido amigo, si la religión no pudo salvar a Pablo, ni a Cornelio, ni a Nicodemo, ni al fariseo, ¿cómo ha de salvarte a ti?

¿Estás dependiendo de tu vida religiosa para alcanzar la salvación? Si es así, estás unido a una falsa esperanza. Todavía no conoces a Cristo.

Si la religión pudiera salvar, entonces ¿por qué murió Cristo? El Calvario no hubiese sido necesario, pues había mucha y fervorosa religión en el mundo antes de que Cristo subiese a la cruz por ti y por mí. No, querido amigo, no hay más que un Salvador, y éste no es precisamente la religión, sino Cristo.

MORALIDAD

Mucha gente piensa que puede salvarse porque vive una vida muy buena. Descansa en su moralidad para ser salva. Pero ante un Dios perfectamente santo, toda moralidad, por muy buena que sea, siempre será imperfecta.

Querido amigo, quizá procures elevarte hasta llegar a esperar la salvación por tu moralidad. Pero si una vida moral y buena pudiera salvar, ¿por qué murió Cristo? ¿Qué valor tiene su muerte? Tú no necesitarías a Cristo si te pudieras salvar a ti mismo.

Si pudieras alcanzar el cielo por tus propios esfuerzos, podrías gritar: «Miradme, he conseguido el cielo por la vida magnífica que he vivido. He sido tan bueno, tan moral y justo, que Dios me permitió entrar aquí. No he tenido necesidad de un Salvador. No he necesitado a Cristo, me he salvado solo». Pero no, amigo mío, y ¡mil veces no! Nadie puede hablar de ese modo porque nadie puede vivir una vida lo suficiente buena como para satisfacer a Dios. Porque nuestra conducta aun la mejor, está manchada por la imperfección.

«Todas nuestras justicias como trapos de inmundicia» (Isaías 64:6) es una declaración de Dios. «No hay justo, ni aun uno» (Romanos 3:10). «Todos han pecado» y, por tanto, todos necesitan un Salvador.

En cualquier caso, si te crees justo, entonces Cristo no ha venido para ti. «No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento» (Lucas 5:32). Él dijo: «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos» (Mateo 9:12). ¿Estás sano? ¿Eres perfecto? ¿Eres justo? Entonces, amigo mío, no necesitas a Cristo.

«No soy ladrón, injusto ni adúltero», decía el fariseo. «No soy ni aun como ese publicano. Yo soy justo». Mas el publicano, sin alzar sus ojos, hiriendo su pecho, clamaba: «Dios, sé propicio a mí, pecador». Y Jesús justificó al publicano y condenó al fariseo.

Tú sabes que no eres justo. No quisieras que tus amigos conocieran tus pensamientos. ¿Te persuade ello de que no eres apto para estar en la presencia de un

Dios santo que conoce los pensamientos del corazón?

¿Piensas que no hay polvo en tu habitación? Deja que entre el sol. Mira ahora en sus rayos de luz. ¡Cuánto polvo! Millones y millones de partículas en todas partes.

Tú dices que eres justo. Espera un momento; deja que entre en tu corazón la luz blanca de la santidad de Dios. ¿Qué se ve ahora? Corrupción, vileza, contaminación; en una palabra, pecado.

Pedro gritó: «Soy hombre pecador, Señor». Job exclamó: «Soy vil». Isaías dijo: «¡Ay de mí!, que soy muerto porque soy hombre inmundo de labios». Y esos hombres fueron los mejores, los más morales y los más justos de su tiempo. Pero cuando vieron al Señor, aprendieron a verse a si mismos. Igualmente te pasará a ti.

¿Vives una vida tan buena como la de Pablo, la de Nicodemo o la de Cornelio? Tú sabes que no. Ni su moralidad les salvó ni te salvará la tuya. «Te es necesario nacer otra vez.»

Aquí tenemos el testimonio de un verdugo público: «He sido siempre una persona temerosa de Dios y religiosa. Me he esforzado por llevar una vida honrada y moral, y en mis relaciones con los demás he procurado siempre seguir la Regla de Oro. He procurado ser buen esposo y buen padre. En cualquier parte que haya fracasado, no ha sido por falta de un esfuerzo sincero».

Buenas palabras, ¿no es verdad? Pero todo es erróneo; todo es egoísmo. Habla de su propia honradez y moralidad, de sus esfuerzos para cumplir la Regla de Oro, pero ¿dónde está Cristo? No lo menciona nunca

Dice haber sido un buen esposo y un buen padre, pero ¿qué tiene esto que ver con su salvación? Habla de su sinceridad, pero es una sinceridad sin conocimiento. Dice que es un hombre religioso, pero no un hombre salvo. No menciona el nuevo nacimiento, ni una palabra siquiera de haber aceptado a Cristo. Busca ser su propio salvador y pone su esperanza en su moralidad personal. ¡Qué fundamento tan falso! Sin embargo, hay millones como ese hombre. Él no podría decir:

En Cristo, firme Roca, estoy;

Arena movediza lo demás que hay.

¿Estás tú también confiado en tu propia justicia? Querido amigo, sabes que no eres justo. Si te comparas con los demás, puede ser que te encuentres satisfecho; mas si lo haces con los modelos de Dios, ¡cuan lejos estás de ellos! Dios pide una justicia perfecta y no hay más que Uno que la tenga: Jesucristo. Si estás vestido de su justicia, serás aceptado; si no lo estás, serás condenado. Tu propia justicia es deficiente, nunca te valdrá.

Puedes hacer lo mejor, pero lo mejor tuyo nunca podrá ser suficiente para Dios. Además, ¿haces lo mejor? ¿Lo has hecho siempre? Sabes que no. Una y otra vez podías haberlo hecho un poco mejor que lo hiciste, y si es así, tú no has hecho lo mejor. Nadie' lo hace. Sé honrado ahora y enfréntate con la realidad: no estás haciendo lo mejor, y tú lo sabes.

Entonces, amigo mío, necesitas a Cristo. Únicamente el vestido de la justicia de Cristo te vale. Como el pródigo de la parábola, debes dejar los harapos y

permitirle que te cubra con su vestido inmaculado. Echa mano de sus méritos, no de los tuyos. Dile, y que sea de corazón:

No tengo nada, soy un pecador;

Pero me es todo Jesús, el Señor.

La reina Victoria ofreció una vez el perdón a todos los desertores que se presentaran; pero tenían que considerarse como desertores; en otras palabras, tenían que admitir su culpabilidad. Bunyan, en su libro *The Holy War,* obliga a los ciudadanos de la ciudad de Massoul a poner cuerdas alrededor de sus cuellos y venir con las cabezas rapadas como condenados, diciendo: « ¡Culpable!, ¡culpable! », para ser perdonados. Y así debe ser contigo, porque tú también eres culpable. No tienes justicia en ti mismo.

OBRAS

Mucha gente piensa que puede salvarse por sus obras; por ellas esperan alcanzar el cielo.

Hacen obras para alcanzar la salvación, mientras Dios les está diciendo que sus obras han de ser el resultado de su salvación. La salvación debe ser primero, después vienen las obras como consecuencia. El estudiante debe cursar sus estudios antes de que pueda ejercer su carrera. Debes primero recibir a Cristo y ser salvo; debes alcanzar la salvación, si has de hacer las obras propias de ella.

¿Qué hizo el ladrón moribundo para ser salvo? No pudo hacer ninguna obra porque sus manos estaban clavadas en la cruz. Él no hizo nada y, sin embargo, Jesús le salvó.

El plan humano de salvación propia enfatiza la palabra «hacer». Dios habla de «hecho». El hombre insiste en hacer algo, en pagar algo; quiere merecer la salvación. Dios dice que está hecha; no hay nada que hacer. Jesús lo hizo todo.

La salvación, amigo mío, es un don. «La dádiva de Dios es vida eterna» (Romanos 6: 23). ¿Qué puedes hacer para ganar un don? Si lo pagas, ya no es don. Si haces algo para conseguirlo, tienes derecho a él y, por tanto, ya no es un don. Un don es algo gratis. Así es la salvación.

¿Qué pagó el hijo pródigo? Cuando me digas cuánto pagó, te diré cuánto debía pagar. Sabes que no pagó nada porque nada tenía; estaba sin medios de ninguna clase. Así estás tú. La salvación, amigo mío, es sin dinero y sin precio; no se puede comprar.

¿Por qué debemos hacer lo que Cristo ya hizo? ¿No sufrió Él, derramó su sangre y murió por nosotros? ¿No hizo expiación por nuestros pecados? ¿Y no está Dios satisfecho con el sacrificio de su Hijo? Entonces, ¿por qué añadir algo a la obra ya terminada de Cristo?

La muerte de Cristo, su sangre, es la que vale. Jesús lo pagó todo. ¡Ojalá creas en Él y le aceptes como el que llevó tus pecados para ser tu Salvador!

Oye ahora lo que dice la Palabra de Dios. ¡Qué clara es! ¡Qué enfática! «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don

de Dios: no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8-9), «No por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho» (Tito 3:5). «Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, la fe le es contada por justicia... Dios atribuye justicia sin obras» (Romanos 4:5-6).

«No obra» y «no por obras». ¡Qué claridad! No por tus obras, ni por tus méritos; nada que tú puedas hacer te valdrá lo más mínimo. Es Cristo y sólo Cristo quien salva. Ven a Él, descansa en su obra terminada en el Calvario, confía en Él en este momento y sé salvo.

MANDAMIENTOS

Otras personas piensan que pueden salvarse porque, según ellas, guardan los mandamientos de la Ley de Dios. Y si los guardaran de una manera completa, sin duda se salvarían: «El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas» (Romanos 10:5). Pero lo que ocurre es que nadie puede guardar íntegramente toda la ley de Dios. Y entonces la sentencia divina es: «Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley para hacerlas» (Gálatas 3:10).

Jesús dijo: «Ninguno de vosotros cumple la ley», y le creo a Él más que a ti. Tú no has guardado los mandamientos, amigo mío, y además lo sabes. En una u otra ocasión de tu vida quebrantaste uno de ellos. Dios dice también: «Cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos» (Santiago 2:10). Un punto, un pecado, un mandamiento quebrantado, y has quebrantado toda la ley.

Entonces, tú estás sentenciado, estás condenado; eres un pecador. Has traspasado la ley y eres culpable. ¿Qué harás ahora? «¡Ah! —dirás—, voy a doblar la hoja y a vivir una vida justa. No volveré a quebrantar los mandamientos.» ¿No? No es muy seguro; con toda franqueza, no me atrevo a confiar en ti. Pero supongamos que puedes hacerlo: ¿Qué del pasado? ¿Y los mandamientos quebrantados? ¿Los pasará Dios por alto?

Seguro que no. Habrás de responder de cada pecado a no ser que permitas que Cristo conteste por ti. Él nunca quebrantó los mandamientos, vivió sin pecado; guardó la ley perfectamente. Pero debido a que tú no la podías cumplir, tuvo que hacerse una expiación y ofrecer un sacrificio. Y ahora Él, el Cordero de Dios, es mi sacrificio. ¿Por qué no le permites que también sea el tuyo?

Las páginas limpias son hermosas y una vida limpia es ideal, pero recuerda que tienes que admitir las viejas páginas con sus manchas de pecado. Dios no las pasará por alto. Deben ser lavadas y limpiadas. Toda deuda debe ser cancelada. ¿Y qué puede limpiar tu pecado? Sólo la sangre de Jesús.

La reforma es buena, pero no imparte vida, no cambia el corazón. Puedes vestir a un soldado raso con el uniforme de oficial, pero sigue siendo soldado raso. Puedes adoptar las formas y el lenguaje de un cristiano, pero seguirás siendo un pecador. «Es necesario nacer otra vez.»

Suponte que tienes una factura pendiente de pago en una tienda y que un día te dispones a pagarla, pero no lo haces. ¿Borrará esto tu deuda? Con seguridad que no; la deuda quedará allí hasta que sea cancelada.

Puedes volver la hoja si quieres, puedes disponerte a guardar los mandamientos si te es posible, pero ¿qué hay de los ya quebrantados?

Imagina que alguien va y paga tu deuda. ¿Qué pasa entonces? Que puedes empezar de nuevo. Paga hasta ahora y todo irá bien. Querido amigo, Cristo pagó tu deuda. Él ha expiado todos los mandamientos que tú has quebrantado, todos los pecados que has cometido. Créelo, dale las gracias y sé libre. Si estuvieras muriendo en un campo de batalla y te quedaran solamente tres minutos de vida, ¿me necesitarías para decirte que guardaras los mandamientos? ¿Cuándo, dónde y cómo lo harías? ¿Cuál empezarías a guardar? ¡Qué desesperación llenaría tu corazón!

Pero si te digo que Cristo murió por ti, que llevó tus pecados en su propio cuerpo sobre el madero, que se ofreció como sacrificio para expiar tus pecados y que todo lo que tienes que hacer es aceptarle como tu Salvador personal, cuán fácil sería ser salvado tal como estuvieras, salvado en tres minutos!

Tan razonable es hablar de guardar la ley para ser salvo como ofrecer un libro de medicina al enfermo de un sanatorio. Él tiene un cáncer y necesita ser curado. Tú también estás enfermo: tienes el cáncer del pecado. Necesitas a alguien que te quite tu enfermedad y te dé su salud, no un libro de medicina. Querido amigo, Cristo lo ha hecho. Él tomó tu pecado, lo llevó en su propio cuerpo sobre la cruz y ahora te ofrece su vida: la vida eterna.

Pablo tuvo una batalla interminable con los judaizantes de su día acerca de la ley. La llamó «la religión de los judíos» y se volvió de ella a Cristo. Escucha ahora lo que escribió:

«Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él... pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios... Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley» (Romanos 3:20-28). «Por la ley ninguno se justifica» (Gálatas 3:11). «El hombre no es justificado por las obras de la ley... Por las obras de la ley nadie se justificará... Si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo» (Gálatas 2:16-21).

ORDENANZAS

Muchas personas piensan que pueden salvarse por cumplir las ordenanzas de su iglesia. Pero, ¿cumplió algún precepto eclesiástico el ladrón en la cruz? ¡Claro que no! Sin embargo, fue salvado porque Cristo le dijo: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Y si uno pudo ser salvado sin cumplir ordenanza alguna, todos lo pueden ser.

¿Y Cornelio? ¿Cómo fue salvado? Creyó, se arrepintió y fue salvo; y después que aconteció todo esto, fue bautizado.

Todo lo que puedas hacer para salvarte es vano, completamente vano. Excepto si haces lo que hicieron el ladrón de la cruz, Cornelio, el carcelero de Filipos y tantos otros: «Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo» (Hechos 16:31).

Entonces, de acuerdo con la norma establecida por Cristo, tú eres bautizado porque eres salvo, no para

serlo, de la misma forma que te unes con la Iglesia no para ser salvo, sino porque *has sido salvo*. Según la fe del Nuevo Testamento, se pertenece a la Iglesia por ser salvo. Las ordenanzas de una iglesia no salvan; tú eres salvo por Cristo y sólo por Cristo.

CRISTO, EL ÚNICO SALVADOR

Querido amigo, hasta ahora he tratado del camino del hombre —religión, moralidad, obras, mandamientos, ordenanzas—, y he probado su falsedad. Volvamos ahora al camino de la salvación de Dios.

Solamente hay uno que puede salvar y este uno es el Señor Jesucristo. «Yo soy el camino... nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14:6).

«YO», Jesucristo. No hay otro. Ni la religión, ni la moralidad, ni las buenas obras. Cristo, el Hijo de Dios, es el único y solo Salvador. Él es «el Camino»; no el que indica el camino. Nadie puede ir a Dios, sino por Él. Ni por Moisés, ni por Buda, ni por Mahoma, ni por Confucio. Ni por un sacerdote, ni por un ministro, ni por el papa. Solamente por Cristo. ¿Quieres dejarle salvarte?

«Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4:12). Qué versículo! No hay otra afirmación más clara en la Biblia. La salvación no está en ningún otro, ni en otra iglesia, ni en otro individuo. ¿Quieres creerlo? No hay otro nombre —catolicorromano, ortodoxo griego, copto, protestante, luterano, presbiteriano, metodista, anglicano, bautista—, no hay otro nombre. «Llamarás su nombre JESÚS, porque Él salvará.» ¿Quieres, pues, volverte de

todos los demás y confiar en Él y en Él sólo? Únicamente Jesús puede salvarte.

¿Quieres que te salve? «Al que a mí viene no le echo fuera» son sus propias palabras. Él podría despedirte o recibirte. Dice que no te echará fuera. Entonces, ¿qué hará? Te recibirá. Gracias a Dios por tal Salvador.

¿QUÉ DEBO HACER?

Quizá pienses que porque Dios ha provisto la salvación no hay nada que hacer, que Dios, si quiere, ya te aplicará los méritos de Cristo y te llevará a la gloria cuando mueras, a causa de su propia bondad.

¡Qué equivocación! ¿No ves que su bondad te invita a aceptar el ofrecimiento de salvación? La Biblia dice: «Escoged, tomad, recibid». La salvación ha sido provista, pero tú debes aceptarla. El doctor puede recetarte la medicina, pero no te hará efecto si no la tomas. Tienes que recibir a Cristo si has de ser salvo.

Amigo mío, acepta a Cristo. «A todos los que le recibieron... les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1:12). Únicamente los que le reciben son hijos suyos. Nadie es obligado a aceptar la salvación. No podemos conseguir nada sin hacer una decisión; no podemos alcanzar la salvación sin tomarla. Debemos obrar. Una elección es absolutamente necesaria. Entonces, recibe a Cristo y recíbele ahora.

Recuerda que hay diferencia entre creer con la cabeza y recibir con el corazón. Tú crees que el ascensor puede bajarte, pero no desciende hasta que actúas de acuerdo con tu creencia y te metes en él. Tú crees que el tren te puede llevar a tu destino, pero no alcanzas tu

destino hasta que no obras de acuerdo con tu creencia y entras en el tren. Tú crees que Jesús te puede salvar, pero no serás salvo en tanto no obres de acuerdo con tu fe y confíes en Él. Debes elegir a Cristo, aceptarle, descansar en Él, entregarte a Él. Esta confianza es la que salva. ¿Por qué no confías en Él ahora?

AHORA ES EL MOMENTO

Quizá sepas que no eres salvo, pero estás posponiendo el serlo por algún tiempo.

Para Dios el futuro no existe. «He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación» (2.a Corintios 6:2). El tiempo está cercano. Ahora es el momento de decidir; mañana puede ser demasiado tarde.

Eres libre para hacer lo que quieras, pero, por amor a ti mismo, no demores tu decisión por más tiempo. Recibe a Cristo y recíbele ahora. En este momento la Vida Eterna puede ser tuya. En este instante puedes ser salvo. Si Satanás te puede persuadir de que retrases tu decisión, puedes perderte para siempre. Ven, pues, y acéptale ahora. «Buscad al Señor mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano» (Isaías 55:6). Vendrá tiempo cuando no pueda ser hallado; por tanto, recíbele inmediatamente.

II
EXCUSAS Y OBJECIONES

A todas partes adonde voy encuentro personas que tienen excusas y objeciones que oponer al plan de Dios para la salvación de los hombres, y siempre me alegra podérselas aclarar, cuando esto me es posible. Quizá tengas alguna de estas dificultades y voy a procurar ayudarte a resolverlas.

1. Tal vez pienses que no estás perdido y que no necesitas la salvación

Amigo, Dios no hubiera provisto un plan de salvación para la humanidad si los hombres no estuvieran perdidos. Ni te exhortaría a que fueras salvo. Cuando Dios ha obrado así es porque debes estar perdido. Jesús dijo que había venido «a buscar y a salvar lo que se había perdido». Por tanto, si tú estás perdido —y Dios dice que lo estás, Jesús vino para buscarte y salvarte, y te salvará ahora si se lo permites.

2. Quizá pienses que eres un pecador demasiado grande y que Dios no te perdonará

Escucha la Palabra de Dios:

«Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Ro-

manos 5:8). «Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana» (Isaías 1:18). «Dios, sé propicio a mí, pecador» (Lucas 18:13). Este publicano fue justificado, dice Jesús. «No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento» (Lucas 5:32). «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores» (1.a Timoteo 1:15).

El Cristo que perdonó a María Magdalena, a la mujer de Samaria y a millares de mujeres caídas te perdonará. Sí, el Señor que salvó a los publicanos Mateo y Zaqueo, a ladrones y borrachos, puede salvarte a ti también. Y el Dios que tuvo misericordia del blasfemo, tendrá misericordia de ti. Tú no eres un pecador demasiado grande para la misericordia de Dios.

3. Puede que pienses que ya eres bastante bueno y no necesitas convertirte

Otra vez te daré la palabra de Dios en vez de las mías:

«Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó de su camino» (Isaías 53:6). «Cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos» (Santiago 2:10). «Todas nuestras justicias como trapos de inmundicia» (Isaías 64:6). «Si no os volvéis... no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 18:3).

4. Quizá pienses que has cometido el pecado imperdonable y que ya es demasiado tarde

Dime, ¿estás en ansiedad por ello? ¿Estás preocupado? ¿Necesitas ser salvo? Si es así, todavía no has cru-

zado la línea mortal. Cuando hayas dicho que «no» la última vez, el Espíritu Santo dejará de obrar y todo habrá terminado. Pero si estás interesado todavía, el Espíritu Santo aún no te ha dejado; puedes ser salvo. «Al que a mí viene, no le echo fuera» (Juan 6:37), dice Jesús.

5. Es posible que no acudas porque piensas que hay demasiados hipócritas en la Iglesia

En la Iglesia verdadera no hay hipócritas, ni uno siquiera. Pero la iglesia visible está llena de ellos. ¿Te sorprende esto? ¿No sabes que Cristo dijo que habría hipócritas en la Iglesia? Sin duda que los hay, pero hasta el último de ellos se están precipitando al infierno, porque a Dios no pueden engañarle.

También tú estás encaminado al infierno, al lugar de los hipócritas, si no eres salvo. No quieres asociarte con ellos un poco de tiempo aquí pero estás queriendo pasar con ellos la eternidad. ¡Qué locura! Mil veces mejor es soportarles unos pocos años aquí que estar con ellos para siempre. Además, si hay hipócritas, debe haber también cristianos genuinos. La moneda falsa siempre implica la verdadera. Puedes estar seguro de que hay creyentes verdaderos y genuinos como los hay hipócritas. ¿Por qué entonces permites que los hipócritas te priven de ser cristiano?

Recuerda que Jesús habló del trigo y la cizaña, lo verdadero y lo falso, los hipócritas y los cristianos, los hijos de Satanás y los hijos de Dios. Dijo que el Reino de Dios es como la red echada en la mar, que coge toda suerte de peces (Mateo 13:47), pero que habría una selección final. Recuerda bien que dijo que los hipócri-

tas dentro de su Iglesia serían tan parecidos a los creyentes verdaderos que sólo los ángeles podrían distinguirlos (Mateo 13:36-43). No permitas que los hipócritas te impidan ir al cielo.

6. Tal vez digas que lo intentaste ya y fracasaste

Supongo que te refieres a que has hecho profesión de fe o a que te has adherido a una iglesia. O posiblemente que has comenzado de nuevo en tu vida. Pero, dime, ¿has recibido a Jesucristo como tu Salvador? ¿Has nacido otra vez?

Observa que hay diferencia. Dios guarda a los suyos; tiene cuidado de los que son sus hijos. Él no cuida a los hijos del diablo. Si hubieras sido hijo de Dios, te hubiera guardado. Lo probable es que tú has hecho un esfuerzo de alguna clase, tal vez el de reformarte, y te has unido a una iglesia; pero no has nacido de nuevo. Si has obrado así, ha fallado tu confianza en Cristo. Dios dice que es poderoso para guardarnos sin caída. Mira, pues, a Jesús, recíbele como tu Salvador y confía en Él para que te guarde.

7. Quizá digas que no sientes esta necesidad

Suponte que estás viajando en un barco que, de repente, sufre una avería y comienza a hundirse Puede que no sientas la necesidad de saltar por la borda del barco y alcanzar el bote salvavidas. Estás enfermo y cansado y en el barco te encuentras cómodo. Aunque no sientas la necesidad de salir de ese lugar agradable, sabes muy bien que debes hacerlo, y pronto, o será

demasiado tarde. Por eso te lanzarás al bote salvavidas para salvarte.

¿Por qué guiarte por el sentimiento? Tú sabes lo que debes hacer. Sabes ahora que estás perdido y que sólo Jesús puede salvarte. ¿Por qué no le permites que obre, tanto si tienes este sentimiento como si no? Hazlo y hazlo ahora.

8. Puede que pienses que no necesitas nacer otra vez

Esto fue lo que pensó Nicodemo, y lo que piensa mucha gente. Pero Jesús dijo a Nicodemo: «Es necesario nacer de nuevo» (Juan 3:7).

Cuando naciste la primera vez, recibiste la vida natural. Cuando nazcas la segunda vez, recibirás vida espiritual. Y la vida espiritual solamente puede existir en el cielo. Para gozar, tener comunión y comprender a Dios debes tener la misma clase de vida que Él tiene.

Un perro no puede comprender tus tristezas porque tiene vida animal; si tuviera vida humana, sí podría. Tú no puedes gozar de la comunión con Dios porque tienes vida humana; si tuvieras la vida de Dios, sí podrías.

Naciste la primera vez en el reino natural. No importa lo que hagas, bueno o malo, ni lo que seas, religioso o ateo, tú estás todavía en el reino natural. Si has de ser salvo, debes entrar en el reino espiritual, y esto se realiza por el milagro del nuevo nacimiento y no de otro modo.

«Lo que es nacido de la carne, carne es» y nunca podrá ser de otra manera. «Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es» (Juan 3:6). Por tanto, «es necesario

nacer de nuevo» (Juan 3:7). «Ni de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios» (Juan 1:13).

Algunos predican la paternidad universal de Dios y la hermandad universal del hombre. Amigo mío, esto es una mentira. Dios no es tu Padre, ni tú su hijo, ni puedes ser mi hermano hasta que no nazcas en la familia a la que yo pertenezco, a la familia de Dios. «Vosotros de vuestro padre el diablo sois», dijo Jesús.

Dios es tu Creador, pero no tu Padre. «A todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1:12). ¿Por qué debía decirte cómo llegar a ser su hijo si ya lo eras? No, amigo mío, si Dios ha de ser tu Padre, debes nacer en su familia. Por tanto, «es necesario nacer otra vez».

9. Quizá temas no haber sido elegido

Querido amigo, Dios ha conocido desde la eternidad a los que escogerían ser salvos, y sabiendo que ellos aceptarían a su Hijo, Él a su vez los predestinó en Cristo. Los elegidos son «cualquiera que quiera». Así que esto depende de ti. Dios es el soberano y tú un ser libre, y aunque Dios sepa lo que harás, te deja en completa libertad para que elijas. Continuar rechazando a Cristo es el camino más seguro para probar que nunca has sido elegido.

El único camino, pues, de averiguar si estás o no en el Pacto es decidiéndote por Cristo. La palabra escrita en la parte exterior de la puerta de la salvación es «cualquiera», pero cuando se entra, se lee en la parte interior de la puerta: «elegidos según la presciencia de Dios». Olvídate de la elección y de la predestinación y

recibe al Señor Jesucristo como tu Salvador personal o, sin duda, te perderás y te perderás para siempre.

10. Tal vez temas no poder abandonar tus pecados

Este es, amigo, tú solo y genuino razonamiento para rechazar a Cristo. No solamente das a entender que no puedes, sino que no quieres. Puedes si quieres; y, lo que es más importante, debes hacerlo o perecerás eternamente.

¿No sabes que Cristo te puede librar? Él puede quebrantar todo grillete y romper toda cadena. «Él quebranta el poder del pecado borrado y pone al prisionero en libertad.» Cuando los remedios humanos han fracasado y el esfuerzo propio ha resultado inútil, Jesucristo puede rescatar y libertar. Él puede quitar hasta el deseo por el pecado. Puede quebrantar los hábitos adquiridos. ¡Qué Salvador!

¿POR QUÉ TE REHÚSAS TODAVÍA?

Algunos lo hacen por ignorancia; nada saben de la salvación de Dios. Pero esto no se refiere a ti, porque tú sí has oído de ella; no eres ignorante.

Otros rehúsan la salvación de Dios por orgullo. A Naamán, su orgullo casi le perdió. Tenía una buena opinión de sí mismo y esperaba que Elíseo le honrase. Pensaba que el profeta le haría «alguna gran cosa», algo que fuese digno de su alta posición. Contrariado, exclamó: «Yo decía para mí...» (2.° Reyes 5:11).

¿Es el orgullo lo que te detiene? ¿Te avergüenza que se te diga como a Naamán: «Ve, lávate y serás limpio"?

Has rehusado ir a arrodillarte ante Dios en secreto, como pecador arrepentido? ¿No quieres ser salvo según el camino de Dios? ¿Insistes en tu propio camino? El orgullo, amigo mío, debe desaparecer. Si has de ser salvo, debes ir por el camino de Dios tal como estas, con verdadera humildad. No es lo que tú piensas sino lo que Dios dice. Despójate de todo prejuicio y orgullo; tú eres un pecador como cualquier otro, no importa quién seas.

Para otros, el obstáculo es la incredulidad. Permiten que su intelecto les domine y por eso no creen. He podido ver que el que dice que no puede creer, persiste en el pecado. Si quisieran dejar su pecado, todos los problemas intelectuales quedarían resueltos. Un ateo, un infiel, un escéptico no es, muchas veces, más que una persona que duda, porque está viviendo en el pecado. ¿Es así contigo?

En la mayoría, es solamente la intención de no aceptar a Cristo lo que les impide salvarse. Esto es, precisamente, y ninguna otra cosa: los hombres no quieren aceptar a Cristo. ¿Es ésta tu actitud? ¿Tú tampoco quieres que Jesucristo entre en tu corazón y en tu vida? ¿Tú también le has rechazado? Amigo mío, cambia tu decisión. Entrégate al Salvador. Acéptale AHORA.

III
PREGUNTAS DE VITAL INTERÉS

Como un resumen de lo dicho, querido amigo, quisiera plantearte algunas preguntas que afortunadamente han sido ya contestadas por Dios. Te pido que las consideres muy cuidadosamente, porque son de vital importancia.

1. ¿Te has dado cuenta de que eres un pecador a los ojos de Dios?

Algunas personas podan unas cuantas ramas, pero no reconocen que el árbol mismo es malo. Arrancan las manzanas agrias, pero al año siguiente son más agrias que el anterior. No son precisamente tus pecados lo que a Dios interesa, sino el hecho de que eres un pecador. Tu naturaleza está corrompida.

Debe hacerse un nuevo injerto si las manzanas han de ser dulces. Por eso, debes recibir una nueva vida —la vida de Dios, la vida divina, la vida eterna— si has de tener una naturaleza nueva. Haced el árbol bueno y sus frutos también lo serán. Ve a Cristo, pues, como un pecador. No intentes mejorarte tú mismo, ve tal como estás. No intentes reformarte ni regenerarte. Lo que necesitas es una nueva vida porque tu naturale-

za adánica es mala, mala completamente. Tú eres un pecador, y un pecador tiene necesidad de un Salvador.

2. ¿Sabes ya que Dios te ama?

Sí, querido amigo, Dios te ama. De tal manera que *ha dado* nada menos que a su Hijo unigénito. No importa lo que hayas hecho; Dios te ama. El no ama tu pecado, te ama a ti. Tú no amas la difteria de tu hijo, pero sí le amas a él.

«Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:8). Algunos mueren por los buenos, Cristo murió por los malos.

«Me amó y se entregó a sí mismo por *mí*» (Gálatas 2:20). Por un individuo, por una persona, por ti. Él *te* amó y se entregó a sí mismo por *ti*. ¡Qué amor!

«Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre» (Apocalipsis 1:5). Primero, nos amó; después, nos lavó,

«En su amor y en su clemencia los redimió» Isaías 63:9). Sí, amó primero, les redimió después. Eran esclavos, pero los amó; y porque los amó, los redimió. ¡Qué amor!

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16).

3. ¿Sabes que Dios no quiere que te pierdas?

«No queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2.a Pedro 3:9). «Vivo

yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva» (Ezequiel 33:11).

Esto te será suficiente, querido amigo. Dios no quiere que tú perezcas, Él lo ha dicho. Quiere que seas salvo. ¿Por qué?

4. ¿Te has enterado de que Cristo llegó a ser tu sustituto?

De la misma manera que Abraham ofreció un cordero «en lugar de su Isaac», así Dios ofreció a Cristo en lugar tuyo. Así como Cristo murió en la cruz en lugar de Barrabás, así también murió en el tuyo.

«Cristo padeció... el justo por los injustos» (1.a Pedro 3:18). Así que, amigo mío, Él se constituyó en tu Sustituto; sufrió en tu lugar, llevó tu culpa para que puedas salvarte.

¿Qué vas a hacer? Él está esperando que te decidas. ¿Procurarás ser tu propio salvador o le aceptarás como tu Sustituto?

5. ¿Sabes que debes descansar en la sangre expiatoria de Cristo para tu salvación?

Las creencias falsas lo ignoran, pero es la única esperanza del hombre.

«Sin derramamiento de sangre no se hace remisión» (Hebreos 9:22). «Veré la sangre y pasaré de vosotros» (Éxodo 12:13). «La misma sangre hará expiación de la persona» (Levítico 17:11). «Fuisteis rescatados... no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la

sangre preciosa de Cristo» (1.a Pedro 1:18-19). Así que no hay salvación fuera de la sangre.

Adán y Eva procuraron cubrirse con hojas de higuera, pero Dios les proveyó de túnicas de pieles, que hicieron necesaria la muerte de un animal. Se prefiguraba así la sangre que había de derramar Cristo en el Calvario. Caín trajo a Dios las primicias del campo y fue rechazado. Abel le ofreció un cordero y fue aceptado. La sangre tenía que ser derramada.

Moisés instituyó la Pascua. Se mataba un cordero y la sangre se rociaba sobre los dinteles de las puertas. Y a través de los siglos, millones de animales se ofrecieron en sacrificio y sus sangres derramadas, tipificando la muerte de Cristo.

Hasta el Calvario, los israelitas miraron hacia adelante, y en fe ofrecieron sus sacrificios. Mas Cristo ha muerto ya. Su sangre ha sido derramada. Hoy nosotros miramos hacia atrás, y nuestra fe descansa en la Palabra de Dios, que nos dice que la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.

Quizá te sea repugnante la idea de ser salvo por sangre, o sea, por los sacrificios de otra persona; pero una vez que seas salvo, te será preciosa. Entonces te darás cuenta que Cristo ha derramado su sangre para expiar tus pecados.

6. ¿Temes enfrentarte con el juicio?

«Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio» (Hebreos 9:27). Esto, amigo mío, es un decreto que nadie puede quebrantar. El juicio es cierto. Cuando el gobernador Félix

oyó del juicio venidero, tembló (Hechos 24:25). ¿No tienes temor? ¿Te atreves a aparecer delante de Dios sin abogado?

Si aceptas a Jesús ahora, será tu Salvador; si le rechazas, será tu Juez. ¿Qué será para ti? Tienes que decidirte.

7. ¿Sabes que hay un infierno y que es real que te diriges allá?

El argumento contra la existencia del infierno no nos librará de él. Jesús habló de él once veces. Lo llamó «Gehenna». La Biblia lo describe como «un lago de fuego y azufre». Es un lugar de tormento consciente, inconcebiblemente horroroso, donde será «el lloro y el crujir de dientes». Dios lo preparó para «el diablo y sus ángeles», no para ti. Pero si no te arrepientes y eres salvo, entonces tú también irás allí, porque no hay ningún otro lugar preparado para quienes rechazan a Cristo. O cielo o infierno. ¿Cuál de ellos prefieres?

8. ¿Sabes que el cielo puede ser para ti?

«Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron...

Y no habrá más maldición; sino que- el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán.

Y allí no habrá más noche; y no tienen necesidad de lumbre de antorcha, ni de lumbre de sol: porque el Señor Dios los alumbrará: y reinarán para siempre jamás» (Apocalipsis 21:4 y 23:3-5).

Esto es el cielo, querido amigo, el hogar de los redimidos, sin lágrimas, ni muerte, ni dolor, ni clamor, ni penas, ni noche, ni maldición. ¿Quieres ir allí cuando mueras? Podrás hacerlo si aceptas a Cristo como tu Salvador.

9. ¿Has considerado alguna vez las cinco cuestiones más importantes de la Biblia?

Permíteme que te las cite. Considera la importancia de cada una.

1. «Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?» (Marcos 8:36).

2. «¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?» (Hebreos 2:3).

3. «¿Qué debo hacer para ser salvo?» (Hechos de los Apóstoles 16.30).

4. «¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo? (Mateo 27:22).

5. «¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos?» (1.° Reyes 19:21).

Estas preguntas son solemnes y dignas de toda nuestra consideración. «¿Qué, cómo y por qué?», pregunta Dios. ¿Puedes tú contestar? Bien, entonces, ¿por qué vacilas? ¿Por qué no te decides? ¿Qué esperas? ¿Quieres ser salvo? ¿Por qué no ahora?

10. ¿Has prestado alguna vez atención a las palabras de exhortación de Dios?

Escúchalas tal como las cito de su Palabra:

«Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más» (Isaías

45:22). ¿Has mirado? Esto es todo lo que tienes que hacer: mirar. Pero mirar con fe. Mirar, no a tus obras, ni a tu iglesia, ni a tu religión, ni a ti mismo, sino a Cristo. «Mirad a mí.» Mira y vive.

«Escogeos hoy a quién sirváis» (Josué 24:15). ¿Has escogido? Nadie puede escoger por ti. «Hoy» indica que has de hacerlo ahora. «A quién» significa una persona y ésta ha de ser Cristo o Satanás. Y cuando hagas tu elección, si escoges al Señor Jesucristo, le servirás mientras vivas.

«Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar» (Isaías 55:6-7). ¿Has buscado? «Buscad y hallaréis» (Mateo 7:7). «Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis con todo vuestro corazón» (Jeremías 29:31). «Me hallan los que temprano me buscan» (Proverbios 8:17). Dios ha prometido misericordia y perdón amplio a los que le buscan. Pero búscale ahora, porque día vendrá cuando no pueda ser hallado.

11. ¿Has oído la voz de aviso de Dios? Y si la has oído, ¿te atreves a no hacer caso?

La oirás en los siguientes textos. Dios te ayude a prestarles atención:

«Pasó la siega, terminó el verano, y nosotros no hemos sido salvos» (Jeremías 8:20). «El hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para él medicina» (Proverbios 29:1). «Está establecido para los hombres que mueran una

sola vez, y después de esto el juicio» (Hebreos 9:27). «El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (Juan 3:3). «Si no os arrepintiereis, todos pereceréis» (Lucas 13:3). «Si no os volvéis... no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 18:3). «Por lo cual teme, no sea que en su ira te quite con golpe» (Job 36:18).

Dios avisa: no bromea. Su palabra no puede ser quebrantada, sus decretos deben guardarse. No demores tu decisión, no vaya a ser que te sorprenda «destrucción de repente». ¿No tiemblas cuando Él dice «pereceréis»? ¿No te asusta el «juicio»? ¿Quieres enfrentarte con la muerte tal como estás? ¿Ha terminado tu verano, o sea, tu vida, o tu oportunidad de convertirte a Dios, y «no has sido salvo»? Dios te ayude a escuchar su voz antes de que sea demasiado tarde.

12. ¿Sabes por qué debes ser salvo?

Hay al menos siete razones. Permíteme que te las dé:

Primera: Porque Satanás es tu dueño.

Segunda: Porque Dios te ama.

Tercera: Porque Cristo murió por ti.

Cuarta: Porque el juicio vendrá.

Quinta: Porque el infierno te espera.

Sexta: Porque el cielo te llama.

Séptima: Porque la eternidad te avisa.

Si estás resuelto, amigo mío, a no hacer caso del amor de Dios ni de la muerte de Cristo, te encontrarás con el juicio, irás al infierno, perderás el cielo y entrarás en la eternidad sin preparación a pesar de todo lo que digas, porque Satanás es tu dueño y nunca te

dejará escapar si puede conseguirlo; lo procurará hasta el fin.

«Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio» (Hebreos 9:27). Puedes quebrantar tus acuerdos con los hombres y hacer fracasar sus propósitos, pero no puedes quebrantar el decreto de Dios para contigo. La muerte es cierta y no hay escape. El juicio también es cierto y tienes que enfrentarte a él.

Dices que no hay infierno, pero Dios dice que lo hay; de aquí, que pueda ser una cosa u otra. Cuando haces un seguro de vida no es porque estés cierto de una muerte temprana, sino porque puedes morir pronto, y si así ocurriera, los tuyos quedarían amparados. Admite que hay infierno o supón que no lo hay; tú no has perdido nada. Pero si lo hay y mueres sin ser salvo, entonces lo perderás todo. ¿Por qué no obrar con seguridad? No dudes que existe infierno. Dios lo dice. Entonces, «huye de la ira que vendrá».

¿Seguirás todavía en tu pecado? ¿No has aprendido que el camino de los transgresores es duro? (Proverbios 13:15). Amigo mío, Satanás es, sin duda alguna, maestro en la tarea de endurecer. En el pecado no hay más que dolor. «No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos» (Isaías 57:21).

Recuerda que nunca podrás deshacer lo hecho. «Lo que he escrito, he escrito», dijo Pilato (Juan 19:22). Todas tus lágrimas y rezos serán en vano. Arrepiéntete tanto como quieras, reforma tu vida tan perfectamente como puedas, pero las señales, la memoria aún quedará. No puedes borrarlo. Puedes quitar los clavos, pero no los agujeros. Oh, !pecado!, !pecado! !Qué monstruo!

Pero gracias a Dios puedes ser perdonado. La san-

gre de Cristo puede limpiar tu corazón. Puedes ser justificado, tenido por justo. «La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1.a Juan 1:7). «Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana» (Isaías 1:18).

!Eternidad! !Eternidad! ¿Dónde la pasarás? Ten presente que dentro de cien años estarás en alguna parte. Sí, pero ¿dónde? ¿No te causa pavor el pensamiento de la eternidad?

Amigo mío, debes ser salvo. Te animo a que seas salvo porque Satanás es tu dueño, porque Dios te ama, porque Cristo murió por ti, porque el juicio te vendrá, porque el infierno te espera, porque el cielo te llama y porque la eternidad te avisa.

13. ¿Sabes que Jesucristo puede salvarte?

Nosotros no adoramos un Cristo muerto; adoramos un Salvador vivo, Jesús vive y vive para salvar. Él te salvará si se lo permites. Te invita a que vayas a Él. «Venid a mí», dice (Mateo 11:28). Entonces ¿por qué no vas y por qué no vas ahora? En donde estés y tal como estés, dile: «Señor Jesús, yo vengo ahora. Acudo a ti. Vengo sabiendo que soy un pecador y que tú moriste por mí, y ahora te recibo como mi Salvador personal». Haz esta oración con sinceridad y serás salvo.

Tal como soy, sin una sola excusa
Porque tu sangre diste en mi provecho,
Porque me mandas que a tu seno vuele,
¡Oh, Cordero de Dios!, acudo, vengo.

Tal como soy, Jesús, me recibirás
Con perdón, con alivio y con consuelo;
Y porque en tu promesa he confiado,
¡Oh, Cordero de Dios!, acudo, vengo.

NECESITAS DECIDIRTE

Querido amigo, voy a terminar. No necesito decir más. «A los cielos y la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante de la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida» (Deuteronomio 30:19).

«El que cree en el Hijo tiene vida eterna, pero el que desobedece al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él» (Juan 3:36).

«De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (Juan 5:24).

«La paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 6: 23).

«Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida (1.a Juan 5:11-12).

«Al que a mí viene, no le echo fuera» (Juan 6:37)

Te acepto, Señor, ahora,
Porque moriste por mí;
Por librarme en el Calvario
La sangre fluyó de ti.

Yo confío, Cristo amado,
Que mi alma se salvó;
Con todo el corazón creo
Que mi culpa en ti cayó.

Me entrego, me entrego a ti,
Ganaste mi corazón;
Y de tu lado jamás
Me he de apartar, mi Señor.

IV
CÓMO VIVIR PARA DIOS

¿Has aceptado a Jesucristo como tu Salvador? ¿Han sido perdonados tus pecados? ¿Da testimonio el Espíritu de Dios a tu espíritu de que has pasado de muerte a vida? (Romanos 8:16). ¿Has nacido de nuevo y quieres verdaderamente vivir para Dios? Si es así, hay cinco cosas que te ruego hagas:

Primera: Está seguro de tu salvación

¿Cómo puedes saber que eres salvo? Por la Palabra de Dios. La Sangre te salva y la Palabra te lo asegura. «Estas cosas os he escrito a vosotros... para que SEPÁIS que tenéis vida eterna» (1.a Juan 5:13). No dice «para que esperéis, supongáis o penséis», sino «para que SEPÁIS, sepáis».

No dice tampoco: «Estos sentimientos agradables os he dado», sino «estas cosas he escrito». ¿Qué es lo que ha escrito? Lo siguiente: «Al que a mí viene, no le echo fuera» (Juan 6:37). ¿Has ido tú? Entonces, ¿dónde estás, fuera o dentro? Él dice que no te echa fuera. Así que debe haberte admitido. De nuevo escribe: (A todos los que le recibieron... les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1:12). ¿Le has recibido? Entonces, ¿qué eres? Su hijo, no es verdad?

Como ves, esta seguridad depende de la Palabra de Dios. Tus sentimientos pueden cambiar a diario: hoy te puedes «sentir» salvado, y mañana, perdido. Pero no te guíes por tus sentimientos; guíate por su Palabra. Cree lo que Dios dice. Cree lo que está escrito. La Palabra de Dios nunca cambia. «La fe es por el oír; y el oír, por la Palabra de Dios» (Romanos 10:17). Cuando crees es cuando el Espíritu da testimonio a tu espíritu de que eres hijo de Dios. Así estarás seguro de tu salvación.

Segunda: Ponte junto a Cristo ante todos

He dicho ante todos, públicamente. No seas un creyente secreto, porque eso vale poco. Despliega tu bandera al aire libre. Confiesa a Cristo en todas las oportunidades. Di a los demás algo de Él. No escondas tu luz. «El que se avergonzare de mí y de mis palabras... el Hijo del Hombre se avergonzará también de él» (Marcos 8:38). Si quieres que Él te reconozca, debes tú reconocerle. Si quieres crecer rápidamente, confiésale abiertamente. Hazlo en seguida; no esperes. Empieza ahora. No hay nada como hablar de él a otros.

Tercera: Vuélvete de todo lo que sabes que es error

Cuando el Espíritu de Dios more en ti, serás librado de tus pecados. Mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo» (1.a Juan 4:4). «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas». (2.ª Corintios

5:17). Él te da una naturaleza nueva, una naturaleza que ama la justicia y aborrece la iniquidad. El Espíritu Santo es el poder que capacita para esta clase de vida. Él te liberta. Tú puedes ahora vencer. «El pecado no se enseñoreará de vosotros (Romanos 6:14).

Pero tú debes elegir la justicia y abandonar el pecado. Vuélvele la espalda al pecado, apártalo. Pon tu voluntad regenerada en contra de él. «Aborreced lo malo, seguid lo bueno» (Romanos 12:9). Huye del pecado que te domina; nunca trates con él. «Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado» (Salmo 66:18), Si la tentación te asalta a causa de tus ocupaciones, Dios te librará. Todo lo que tienes que hacer es alegar los méritos de la sangre y el poder del nombre de Jesús. «No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal» (Romanos 6:12). Sé limpio; sé constante en tu apartamiento del pecado. No te entregues a la tentación. «Dejad de hacer lo malo: aprended a hacer el bien» (Isaías 1:16-17).

Cuarta: Dedica mucho tiempo al estudio de la Biblia y a la oración

Cuanto más leas la Biblia, tanto más necesitarás leerla. Si quieres crecer en la gracia, júntate con Dios todos los días. Designa lugar y tiempo para la oración y el estudio de la Biblia. Sé un cristiano bíblico. Nunca permitas que pase un día sin pasar algún tiempo a solas con Dios. «Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación» (1.a Pedro 2:2). «¿Con qué limpiara el joven su camino? Con guardar tu palabra» (Salmo 119:9). Si te olvidas de la Palabra de Dios,

resbalarás. Si aprendes a orar, progresarás rápidamente en la vida cristiana.

Quinta: Ocúpate en el servicio de Dios

Satanás siempre tiene alguna cosa mala que ofrecer a las manos ociosas; por tanto, procura hacer algo. Reparte tratados. Forma parte de alguna iglesia viva y ansiosa de ganar almas para Cristo. No esperes a que se te pida algo. Ora sobre esto y procura tener alguna ocupación. Canta en el coro. Ayuda en el trabajo de la juventud. Asiste a las reuniones de oración. Haz obra personal. Enseña en la Escuela Dominical. Ve a los cultos particulares. Visita a los pobres, a los enfermos, a los encarcelados. Da tu testimonio. Pon las cosas primeras en primer lugar.

Haz algo, pero evita las iglesias frías, formulistas y. modernistas. Ve donde se predica el Evangelio y se invita a los pecadores a aceptar a Cristo. Asóciate con gentes espirituales, gentes de buen testimonio, gentes que oren, gentes a quienes guste cantar himnos evangélicos. Guárdate de los coros que sólo cantan antífonas y de ministros que nunca invitan a los pecadores a entregarse a Cristo.

Nada tienes que hacer en las iglesias donde el culto de oración se ha convertido en un salón de distracciones, y no hay diferencia con el proceder del mundo. Ve donde hay conversiones y donde el mensaje es «Os es necesario nacer otra vez». Nunca te fijes en la denominación. Si puedes encontrar un ministro espiritual, ansioso de ganar almas y de espíritu misionero, allí está todo lo que necesitas.

Esto es todo, querido amigo; no necesito decirte

más Si estás seguro de tu salvación, si tomas una posición pública por Cristo, si te vuelves de todo lo que sabes que es error, si dedicas mucho tiempo al estudio de la Biblia y a la oración, si estás ocupado en el servicio de Dios, harás bien. Serás un cristiano notable y feliz. Dios te usará en su servicio y serás bendición adonde quiera vayas.

...es normal que tenga
preguntas
y quizás no sepa
a quién formularlas.
Nos ofrecemos a usted
para consultas,
comentarios o dudas
sobre su vida espiritual.
También puede solicitar
un sencillo
curso bíblico
que ofrecemos gratuitamente.

ENVIE ESTA HOJA PARA QUE LE

REMITAMOS GRATIS UN CURSO

POR CORRESPONDENCIA

Me gustaría recibir gratuitamente el Evangelio según San Juan y el curso bíblico por correspondencia. Entiendo que no existe compromiso alguno por mi parte y por lo tanto agradecería me lo enviaran a la siguiente dirección:

Nombre: .....

Dirección: .....

.....

Envíe este cupón a:

biblicos@cursosbiblicos.org

Cursos Bíblicos por Correspondencia
Apartado 19.046
08080 - BARCELONA